

Yo velo porque te amo

María Rosa Palazón

Para Rubén Bonifaz Nuño, poeta y maestro.
Ochenta años son nada

Era un poco antes del 68. Años convulsionados. Dejé en el armario mis trajes de muñequita de *bisquit* y comencé a correr por los barrios. Nuestra meta era construir un México más justo y democrático. Dos de octubre. Me previnieron familiares y amigos. Obcecada, no escuché. Al día siguiente, el maestro Bonifaz se preocupó por mi suerte. Había renacido, pero estaba desolada, estábamos desolados: "Hundidos en una corriente / turbia. Con los ojos abiertos. / Anudados de sensaciones / tristes, de pensamientos tristes; / debajo de los cielos de lluvia" (pág. 41). Templado por los movimientos sociales (¡ay del que finja ser aquello que no es, porque esto mi maestro no lo perdona!) y formado por la educación socialista, Rubén Bonifaz, que se niega a firmar como "doctor", porque detesta la pedantería de los títulos académicos que vinieron a suplir los nobiliarios, escribió un poema sobre aquel día aciago. Lo he buscado sin encontrarlo. Di con éste: "Muchas cosas se fueron, Bolívar. / Muchas cosas están dormidas o muertas, / General, en las dolientes provincias de tu sombra, / las cosas se han ido marchitando. Cayeron" a causa de tiranos y mercaderes, abogados sin ley y verdugos con antifaz. Nosotros todavía "aquí estamos, esperando en la noche. / Naciones, hombres y mujeres. / Y tú, México; patria, mi patria" (págs. 218, 220).

En la Facultad de Filosofía y Letras asistí a sus inolvidables lecciones; me enseñó latín y gramática. Tradujimos *La guerra de las Galias*, donde Julio César habla en tercera persona. ¡Dios, qué embrollo y yo tan joven e inexperta! Una vez me atoré, nos atoramos todos, incluso los prófugos de conventos y seminarios. Por llenar el hueco del enunciado busqué las palabras más parecidas. La traducción resultó una idiotez mayúscula. La memoria me falla, pero creo que Julio César, anticipándose a Don Quijote, peleaba con un ejército de cabras. Al entrar a la clase, la eterna parásita me pidió el cuaderno para cotejar, dijo, su tarea con la mía. Accedí. Me apresuré a pasar al pizarrón antes de llegar al embrollo caprino. Llegó la hora de deshacerlo. Nadie pasó al frente, excepto aquella espontánea que, como nada sabía, nada temía. Cuando acabó de escribir, el doctor Bonifaz se rió a mandíbula batiente. Al regresar a su asiento, aquella compañera pasó frente a mi banca: "Lo hiciste a propósito", me recriminó entre dientes.

Trabajé lo mejor que pude; el maestro Bonifaz premió mi esfuerzo. Me hubiera avergonzado incurrir en gazaos ante aquella personalidad luminosa, tan buen maestro, excelente poeta, ambos oficios que ejerce con una conmovedora perfección: "Te puedo dar, como si fuera tarde, / una sola palabra, y retornar / a lo perfecto que en mis manos arde" (pág. 11).

Pasaron los días y los años. Aprendí a escribir un poco mejor, aunque dejé en las andanzas perfeccionistas mi juventud. Escucho un reclamo: "Amiga a la que amo: no envejezcas / [...] / Inmóvil / junto a tu cuerpo de muchacha dulce / quede, al hallarte, el tiempo" (pág. 185).

Nada puedo hacer mejor que seguir las palabras de Bonifaz Nuño y hacerlas mías, porque afina siempre. ¿Me acompañan? Su voz dulce no envejece. Sé que está poseso. En el *Fedro*, Platón escribe que quien llegue a las puertas de la poesía tan sólo como dueño de técnicas, sin estar tocado por la locura de las Musas, es un fracasado. El poeta Bonifaz asiente: "Las palabras saben

hacer extraños / juegos. Ellas solas dicen. / Nosotros somos la guitarra que alguien toca. / Cuando yo te digo: 'te amo', es cierto / que te amo. / Pero no es verdad que yo te lo digo" (pág. 109).

El compás de espera de la inspiración finalmente gratifica a quien no sólo es maniático y dueño de técnicas, sino que, además, sufre: "Y esta soledad me dice que escriba. / Me he vuelto ambicioso con la pobreza" (pág. 123), porque también el dolor "disfraza de fiesta su agonía" (pág. 95). La vida es el carnaval que, entre gritos de regocijo, oculta el llanto: "He conseguido / que ni tú misma sepas / que estoy quebrado en dos, que disimulo; / que no soy yo quien habla con las gentes, / que mis dientes se ríen por su cuenta / mientras estoy, aquí detrás, llorando" (pág. 167).

Cigarra, ángel perdido en medio de la tormenta, más cara y guitarrista, el poeta Rubén Bonifaz Nuño canta y hace pausas que no son mutismo, sino que sugieren lo inefable, el sueño que nos sueña: "El lirio del silencio, embellecido, / en sus callados muros aprisiona / para este sueño el último sonido" (pág. 16). Bien sabe nuestro dulce maestro que el amor se declara en voz baja o se oculta. No admite gritos: "Te vi caminar en la playa, alegre / como las espumas verdes y el canto, / o como el amor que empieza y calla / y es sólo un secreto dicho entre sueños" (pág. 37). Hay que dejar pasar a Eros cuando no lo flecha a uno; lección que ignoró el anciano rey David cuando se apropió de "la Sulamita": "Sola en el seno de la sombra muda / dices mi nombre, y en tu sueño triste / vagas en busca del amor que hubiste. / Tú, con el vuelo de tu voz desnuda" (pág. 65). Él afina la lira, y como solitario poeta canta y dice algo del mundo, de su manera de estar en el mundo: "Se mezcle la música con el tema / formando una misma sola hermosura; / que en trance de ritmo de palabra / adquiera la voz de la poesía" (pág. 71). De pronto llega el acudido delirante, el hallazgo, un don de amor que reclama compartirlo: jugar ese juego es participar en la fiesta de la vida: "Es hora, pues, de fiesta; / de aceptar que son breves las raíces / [...] / Y hay cantares aquí, y he merecido / tomar mi parte en el cantar. / Amigos, / ¿qué podemos perder con alegrarnos?" (pág. 271).

Con sus dotes excepcionales, Rubén Bonifaz, hombre de maíz y de espiga, en sonetos endecasílabos, y en formas métricas consagradas y por consagrar, sabe cómo se conjuga el verbo "amar", qué es estar en el mundo con y para los otros, la única manera por la cual vale la pena vivir la vida. "Yo quisiera vivir el sentimiento / de ti; tu inmensidad, vivir tu aliento / y el ciego amor de ser en tu belleza" (pág. 14), aunque "No es lo mismo estar enamorado/ que amar. / El que ama, seguramente, no está solo, sufre de otra manera; / encuentra la paz, se cumple gozoso / pudiendo sufrir por los que ama" (pág. 117).

El amor no es un valor ni un *logoi*, sino que genera valores y conocimientos, y experiencias éticas y estéticas. "En todo estás, amor. Plácidamente / llegas en la caricia floreciente / que entre mis horas ávidas derramas" (pág. 82). Para los griegos las locuras son manías buenas (la única mala es la de Furias), un frenesí. Así, prendado por la belleza, el loco enamorado delira y exagera: "Rosa del sol, paloma de la luna. / Perfecta, pues te amo, en todas eres, / y todas son en ti, porque eres una" (pág. 66).

Ahora bien "¿Por amor de qué amor preguntas? / ¿Por qué te dueles, alma mía?" (pág. 355). Para los griegos hay dos parejas de amor. La terrenal de Venus y su hijo Eros es voluptuosidad que aspira a la satisfacción. "Y ábrese el amor inmisericorde, / y brilla un rumor alborozado / de mecidos maizales tiernos / junto a sus pies; una esperanza / de plenitudes movedizas, / de nupciales mesas congregadas / de la mazorca única y múltiple" (pág. 421). Hemos de sabernos limitados, como uno partido en dos, para que Cupido nos atrape con sus flechas: "Sufre la carne, y la nostalgia / llaga el corazón, y la muerte / sube lentamente a los ojos. / Triste como luz entre nieblas / un ángel permanece a solas" (pág. 55). Momentáneamente Eros se satisface; después reemprende su vuelo en busca de Venus, su madre, la belleza: "Por qué este amor nos liga –dulcemente– / cuando libres nos deja, y nos libera / –¡ ay, tan amargamente! – al sujetarnos" (pág. 83). Eros tiene ritmo desenfrenado. A veces obsesiona: "En ti vive este amor que no quisiste / –callada lumbre, sí. No lumbre vana–. / Sí. ¿Por qué no decirlo? En ti, lejana, / mi amor está en

Directorio

Dirección	Ricardo Pérez Montfort
Coordinación editorial	Horacio Ortiz
Edición	Isaac García y Javier Bañuelos
Corrección	Mario Carrasco Teja
Servicio social en asistencia editorial	Marga Canseco
Diseño	Miriam Aguirre
Publicidad y ventas	Jazmin Flores Yarce

AL PIE DE LA LETRA es una publicación que se encarta junto con la revista *Universidad de México* sin costo. ISSN en trámite. Certificado de licitud de título en trámite. Certificado de licitud de contenido en trámite. Reserva de uso exclusivo en trámite. Impresión: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Oficinas de la revista: Lado Poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, CP 04510, México, D.F. Tels. 5616 2422, 5616 7211. Correo-e: reunimex@servidor.unam.mx

Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. AL PIE DE LA LETRA acepta reseñas de novedades editoriales nacionales y extranjeras con una extensión no mayor a tres cuartillas (5700 caracteres).

silencio, pero existe" (pág. 75). Si es eternamente frustrado, Eros enferma: "Amor, la gracia de vivir te pido / [...] / y lo que no eres tú vive desierto, amor, en la morada del olvido" (pág. 89). El sujeto despreciado acaba por emprender el juego de las escondidas: "Si tú piensas en mí, si tú me buscas / alguna vez, podrás hallarme / hundido, huyendo de la sombra / de cuanto pueda recordarte" (pág. 181).

La otra pareja, la celestial, no son madre e hijo. Venus nació de la espuma que dejó en el mar Urano al ser castrado por su hijo Cronos. Se trata de una belleza impasible, culta, y Eros es el impulso que lanza hacia las cumbres elevadas de las ideas y los valores. Según Platón, para hacer la mejor filosofía hay que estar muerto; tan sólo amar los valores, dice Sócrates.

La creación de la cultura supone moderar las juguetas del demonio terrenal llamado Eros. Dentro de ciertos marcos, el Amor se descubre como la sublimada libido expansiva y creadora: "Lo que en el verso se levanta y suena / no pierde altura ni color ni forma; / pero toma distancia y luz de faro" (pág. 103). Este faro carga, pues, la libido: "Hacer un poema de amor: hablarle / como si estrechara tu cuerpo / con un cinturón de llamas quietas" (pág. 108). Porque "llegas, amor, y ciñes y fecundas / las soledades quietas y profundas / do el corazón oscuro canta y gime" (pág. 91). También Eros se descubre como la sensación de no ser correspondido: "Yo velo porque te amo, / tú, amada, estás dormida" (pág. 78). En *El banquete*, Diótima afirma que Eros es hijo de Poros, la riqueza, y de Penia, la carencia: es a la vez rico y pobre. Reconociendo que no posee nada, o casi nada, aspira a llenar sus faltas, porque no existe el amor soberbio. Tampoco lo hay exclusivamente narcisista. "Dile, canción, en voz baja / la esperanza y el dolor, / [...] sé tú, canción, y despacio / al caracol de su oído / llega con mi amor dolido / a decírselo en voz baja" (pág. 81). El Amor busca complementar-se. Facilita el diálogo entre individuos que quieren saber y reconocen su ignorancia. Es, pues, lo que abre camino al *logos*; es su condición de posibilidad. Por amor se leen los libros y se escuchan los discursos. Por amor se concuerda y se discrepa. Por amor han nacido los ideales compartidos que se construyen intersubjetivamente y las utopías, ilusiones, de un mundo mejor para las generaciones por venir: "Sólo es verdadero lo que hacemos / para compartírnos con los otros, / para construir un sitio habitable / por hombres" (pág. 139). Los cantos de Bonifaz pregonan que en la actual etapa nihilista, nunca como ahora se necesita tanto la esperanza: "Mujer que me has querido, hermanos. /

Hoy más que nunca necesito / echarme por las plazas, por las calles, / para llamar desesperadamente a la esperanza" (pág. 224). Quien es fiel a sus ideales más caros forja su dignidad, un atributo de la belleza moral, que es siempre futurista y solidaria: "A ti esperanza, ritmo / -¿resurrección acaso?- / llama que surge, ya de la ceniza; / espiga primordial, caricia, muerte. / A ti, para tu amor, van mis palabras" (pág. 27).

Ya hemos entrado en la *charitas* o amor caritativo: es riqueza que se pone en contacto con las esferas más altas de la moral, siempre lanzada al mañana: "Tú das la vista a mis pupilas ciegas / y a mi voz la ternura que te nombra; / amor, cuánta amargura, cuánta sombra / se destruye en la luz en que me anegas" (pág. 94). La caridad es un amor que, impregnando a la pareja, deja que cada uno de ellos sea como es, sin dominar al otro: "No busques, mi amor, amada, un vaso / donde guardar tu amor; no la muralla / que quiera detenerlo" (pág. 93). Amando así, la vida es plenitud vital: "Porque te amo, estoy en paz conmigo" (pág. 35). En el cristianismo, Dios dejó de ser un impasible motor inmóvil para perfilarse como magnanimidad, lo bello-bueno, bondad suprema, abundancia amorosa que se derrama, expande y desborda. El amor es espontáneo; es belleza que emana. "Nada tenía yo, no pedí nada / -nada en amor puede pedirse- / y, así, me diste todo" (pág. 203). "Hay un asombro de silencio / cuando su espíritu derrama / sobre las cosas, y hace leve / la gravísima piedra, y toca / y anima lo oscuro, y transubstancia / como en la mesa de la cena. / Y tú le preguntas, alma mía, / y ansiosa buscas, y en sus ojos / amor es la única respuesta / [...] / Y buscas, mi alma, y una flama / de su caridad en ti se apoya, / y te guarda indemne y te contagia" (págs. 424-25). La bella persona irradia bondad salvadora. Si quieres mirar, si hallar quisieras / la salvación, alza los ojos / y mira en sus ojos, alma mía" (pág. 427). Entonces los ojos estarán abiertos a la plenitud, "al santo reino de la gracia" (pág. 451). Por lo tanto, "no me pidas, amada, que te pida; / déjame dar [...] Concédeme que entregue simplemente, / no más por entregar; déjame el gozo de ser sólo por ser. / Me libre Dios de dar con la esperanza / de recibir en cambio" (pág. 95). Caridad es gracia amante que enamora: "Oye gemir al corazón cautivo, / que si espinas por mí lleva tu frente, / tú dejaste, al dejarme, fuego ardiente / de amor que incendia las entrañas vivo" (pág. 62-63). Para ser una bella persona hemos de esculpírnos; remar contra la corriente, enfrentar la oscuridad de nuestra propia vida: "Buscamos sin hallar, pidiendo / en vano siempre; recordando; / llamando sin que se nos oiga / Lejos, inal-

canzada, brilla / la ausente luz que no tuvimos" (págs. 61-62). Autoesculpírnos es nuestra tarea: Eros nos dice que "porque no podemos todavía / dar o recibir sin hacer daño; / nos falta humildad y trabajo; fuerza / para no negar que somos débiles" (pág. 153). Al respecto, Bonifaz, amador, amante y amable o digno de ser amado, declara: "Y recibí siempre lo que he dado; / es decir, un resto de amargura, / un sabor de pérdida, de costumbre / desesperanzada" (pág. 154). No es verdad. Discrepo. Nadie mira sus entrañas, sino sus extrañas, dijo alguien de cuyo nombre no quiero acordarme. Bonifaz nunca me dio una gota de amargura. Nos ha dado mucho, porque su alma no ha estado muerta, sino entregada al que se entrega, amorosa y caritativa.

Rubén Bonifaz Nuño nos ha enamorado con sus amores. Por eso he hecho míos sus poemas, como si me hablara al oído: "Algo en mi alma se parece / a ti. Eres tú. No puedes irte / del todo, amiga, aunque te vayas. / Como almendra del fuego, o núcleo / maizal del aire, estás conmigo / dentro de mí, para quedarte. / [...] / Como el silencio donde el gozo / termina; o la ceniza mansa / de cada luz, estoy contigo. / Y algo de tu alma

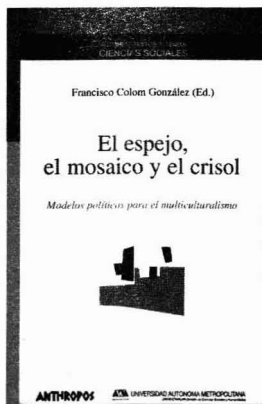
me recuerda / sin remedio. No podrás dejarme / del todo, amiga, aunque me dejes" (pág. 370-71)."

En suma, Bonifaz Nuño es mi amoroso y excelso maestro, y un amigo solidario y una voz poética que me ha hecho exclamar, rompiendo el turrón, yo y tú, la misma alma. Por eso, hoy, en tu merecido homenaje, haciendo memoria de aquel 2 de octubre, cuando me demostraste tu afecto, me ha llegado el turno para decirte: "Yo velo porque te amo".

NOTAS

Los versos incluidos en este ensayo, leído por la autora el 22 de febrero de este año, durante el homenaje al poeta Rubén Bonifaz Nuño en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, fueron tomados del libro *De otro modo lo mismo* [R. B. Nuño, 1ª reimp., FCE (Letras mexicanas), México, 1986].

* El inicio de este verso recuerda el "Non omnis moriar" de Manuel Gutiérrez Nájera: "No moriré del todo, amiga mía", aunque el de Bonifaz Nuño no habla de la permanencia en la palabra, sino de amores que sólo Tánatos acaba.



Francisco Colom González (ed.)
El espejo, el mosaico y el crisol
Anthropos/UAM-I, Barcelona,
2001, 304 págs.

Este libro trata sobre las posibilidades abiertas a la gestión de la pluralidad cultural en el Estado moderno. Las metáforas del espejo, el mosaico y el crisol remiten a tres formas básicas de concebir la identidad de la comunidad política: la imagen especular anhelada por las sociedades

culturalmente ensimismadas, la apuesta por una gestión de la complejidad étnica que combine integración y diferencia o la fusión de la heterogeneidad sociocultural en una identidad novedosa y acrisolada. Los conflictos de redistribución y estructuración social que acompañan a estos fenómenos permiten explicar la relevancia que las posibles formas de gestión política de la etnicidad han cobrado en todas las latitudes. Una obra que ofrece lo más vivo de una investigación actual y permanente sobre teoría política e interculturalidad.



Robert Bréchon
Extraño extranjero. Una biografía de Fernando Pessoa
Alianza Editorial, Madrid, 2000,
647 págs.

Fernando Pessoa, uno de los más grandes escritores del siglo xx, fue durante su vida un oficinista oscuro, un idealista a su manera que se inventó distintos personajes en los que desdobló su peripecia como poeta y como ser humano: el pagano Alberto Caeiro, el

estoico pero también epicúreo Ricardo Reis, el modernista Álvaro de Campos, el desasosegado Bernardo Soares.

Incomprendido y oculto, altivo y tímido, Pessoa no verá su obra publicada en vida, y el reconocimiento póstumo será, a la vez, una broma del destino y una lección de cómo la literatura acaba venciendo el paso del tiempo y construye el futuro de la creación humana más allá de la presencia de sus hacedores. Bréchon reconstruye a Pessoa para que su vida sea la mejor introducción a su obra y la consecuencia más natural de sus poemas.